

LA SUBJETIVA ETERNIDAD

Jorge Torres



Capítulo 1

LA SUBJETIVA ETERNIDAD

Lamento agregarles un pesar más a sus atormentadas vidas, pero realmente he llegado a la conclusión de la perpetuidad del ser. Y dado que el tiempo es oro, no pretendo hacerles perder un minuto, para meterlos de lleno en mi teoría irrefutable.

Doy por descontado que todos conocen que la luz del Sol tarda en llegar a la Tierra ocho minutos aproximadamente, con lo cual el Sol bien podría apagarse en este instante, para que la humanidad recién se percatara del gran apagón ocho minutos después del trágico suceso. Por consiguiente el Sol permanecería vivo para nosotros por ocho minutos más.

Si nos vamos un poco más lejos, supongamos que miráramos hacia Neptuno, tendríamos que esperar algo más de cuatro horas, para enterarnos de toda novedad que en el mismo, se produjera. Si nos aventuráramos a observar más allá en el espacio profundo, podríamos observar los eventos que acontecieron en Toi setecientos d, hace cien años.

Es decir que siempre que miramos un cuerpo celeste, cualquiera sea estamos observando directamente al pasado. A su vez, cualquier observador ubicado en cualquiera de los cuerpos celestes citados, estaría a su vez viendo directamente a nuestro pasado.

Tomemos al planeta d, que orbita una estrella enana blanca denominada Toi setecientos, no por capricho sino porque es un punto de observación ideal, ya que desde allí estaríamos mirando la Tierra en plena Primera Guerra Mundial y yo todavía no pensaba nacer. Si logramos desplazar al observador ubicado en Toi hacia el espacio profundo a la velocidad de la luz, alejándolo aún mas de nosotros, habremos logrado detener el tiempo justo en ese trágico evento denominado Gran Guerra o Primera Guerra Mundial, pues el observador infinitamente estaría mirando ese instante exacto, de un mundo en guerra. Comentaría alarmado, con sus pares dejando constancias escritas y fílmicas de nuestra infinita guerra. Generaciones futuras de dicho observador, desplazándose a la velocidad de la luz, desde ese punto ideal, hacia el espacio profundo, no harían otra

cosa que dar fe de nuestra interminable guerra.

Pero no lo hagamos sufrir tanto a nuestro internauta, viajero de la luz que partiera de Toi-d, librémoslo de observar una guerra infinita, para invitarlo a visualizar un hecho no tan trágico, pero tampoco muy grato, como bien podría ser mi nacimiento.

Bastaría con ello el poder ubicar el observador en el exoplaneta Trappist -e, a una distancia de la Tierra de cuarenta años luz y una vez que me haya visualizado dentro de la multitud, comenzar a desplazarse hacia el espacio profundo a la velocidad de la luz, para lograr verme no solamente como un jovial niño, sino como un eterno, jovial niño.

Con lo cual para esa persona y todos los de su generación y posteriores, que lo acompañen en ese viaje, yo existiría por siempre y no por una cuestión de fe, sino por la tangibilidad que da el hecho de poder observarme diariamente, a lo largo de mi infinita vida.

Por lo tanto si avalamos que el observador es determinante a la hora de poder evaluar si mi existencia está científicamente probada o bien no está comprendida dentro de los hechos objetivos. Dejando debida constancia que todos los observadores en esa circunstancia particular e ideal, dan fe de mi infinita existencia, sin lugar a dudas. Descartando además y por ende desordenes cuánticos, donde distintos observadores pueden observar sobre un mismo evento, distintos desarrollos.

Estamos en condiciones de enunciar científicamente la comprobación de mi vida eterna, entre otros tantos hechos bochornos que la ciencia podría dar por validos de no tener en cuenta el exacto punto donde está parada, ni la velocidad con la que transcurre su investigadora vida.